



CARTA XIII.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, Junio 11 de 1824.

Querido mío. Mi consternación es extraordinaria, y no sé ya qué partido adoptar en estas circunstancias. Germán no ha vuelto aún, y Regino tiene visos de haber perdido totalmente el juicio, ó por lo menos está próximo á perderlo. ¿A dónde ha marchado ese hombre, Dios mío? No se ha pasado un solo día, desde el primero de su funesta ausencia, sin que mis pesquisas é indagaciones hayan crecido; no porque tema yo ni remotamente lo que este malaventurado joven ha dado en temer de esa partida, sino porque realmente me parece extraño que

Germán se haya desentendido así de nosotros. Constantemente me he presentado en el cementerio á fin de averiguar alguna cosa acerca de mi amigo, pero el que tiene hoy el encargo de las llaves está tan ignorante como yo de su paradero; ni en todo el barrio se encuentra quien de él pueda darnos algunas nuevas. Te lo repito: yo no sé qué partido adoptar.

Ahora voy á darte cuenta de algunos sucesos que han sobrevenido, y me tienen algo pensativo sin podérmelo explicar.

Luego que Regino perdió la esperanza de que viniese pronto Germán, después de estarle aguardando varios días, me dijo en tono melancólico:

—¡Ay, amigo Antonio! ¡Yo estoy perdido sin remedio! Nada me daría subir á un patíbulo..... porque ciertamente lo merezco..... y tal vez vale más morir así, que no como se muere en San Lázaro. Mas eso de morir á la expectación pública..... y por crímenes tan horribles y vergonzosos como los míos... ¡oh! esto es terrible. Yo no puedo resignarme á pasar por este trance tan amargo.

—Pero ¿no reflexiona usted, pobre Regino mío, que si Germán hubiese dado algún paso para perseguir á usted y llevarle ante los tribunales, á la hora esta se encontraría usted preso y aherrojado? No, amigo mío: si usted insiste en creer

que nuestro amo Germán es capaz de incurrir en esa villanía, me daré formalmente por sentido de usted. Hágame el favor de no insistir con tanta pertinacia en este ruin cencepto.

—Perdóneme usted, mi querido amigo.

—No, mi buen Regino, no tiene usted para qué. Si yo empleo estas expresiones fuertes, no dependen de otra cosa, sino del profundo pesar que me causa el verle tan preocupado contra un hombre de honor como lo es á prueba el virtuoso sepulturero.

—¡Pero esta ausencia!

—Esta ausencia confieso á usted que me sorprende y me da pena; pero no es por el propio motivo que á usted inquieta, sino porque ignoro si el pobre Germán estará en algún trabajo, padeciendo alguna escasez, ó sufriendo alguna molestia sin que me sea posible aliviarle, como yo quisiera. Sin medios... enfermo... ¡Sabe Dios en qué conflictos se verá! Esto es lo que me hace estar sobresaltado y afligido. Por lo demás, es preciso que usted no insista en su temeraria sospecha. Yo aseguro á usted que es más fácil que yo sea su delatador, que nuestro amo Germán. Y me parece que usted se fia de mí. ¿Es verdad, Regino?

Regino me abrazó afectuosamente, y siguió llorando.

En prosecución de mis pesquizas coti-

dianas, salí en la tarde de aquel día, y al dirigirme al castillejo de San Fernando en donde yo solía pasar algunas horas contemplando el mar, las embarcaciones surtas en el puerto, y las pequeñas canoas pescadoras, encontré que salía del ruinoso edificio un personaje de edad ya adelantada, corpulento, muy decentemente vestido de paño negro, llevando unas gafas azules, cachucha de piel en la cabeza, y una caña de puño de oro en la mano. Cortéme un tanto al encontrarme en aquel sitio solitario con un hombre de aquella importancia, y quise esquivarle tomando otra dirección, á fin de no verme precisado á sufrir las escudriñadoras miradas que lanzan, de ordinario, sobre los pobres lazarinos, las personas sanas que pasan junto á ellos. Mas el buen caballero acercóse á mí, saludóme, y haciéndome una fina y atenta cortesía á la cual correspondí me preguntó, con un acento que me pareció alemán, si la casa que se veía enfrente de nosotros era el hospital de los lazarinos.

—Sí, señor: le respondí.

—Perdone usted caballero, si le dirijo una nueva pregunta, y le detengo por más tiempo contra mi voluntad de molestarle. ¿Puede entrar cualquiera, yo, v. g. á visitar el establecimiento?

—Sí, señor: el alcalde nunca niega la

correspondiente licencia á las personas que la solicitan.

—Siento infinito que sea preciso obtener previamente esta licencia. Soy enemigo nato de semejantes formalidades, y habría yo deseado que no hubiese ninguna necesidad de esta que se exige para visitar el hospital.

—Si usted no quiere tomarse esta ligera incomodidad, yo puedo darle las noticias que guste, caballero.

—¡Oh! Mucho se lo agradeceré: no me atrevía á dirigirle mi súplica temeroso de causarle nuevas molestias.

—Para mí no es molestia, antes bien tengo particular gusto y complacencia en obsequiar sus deseos.

En efecto, aquel hombre, sin embargo de la monotonía y dureza de sus facciones, su lenguaje era insinuante y agradable. Propúsome que entrásemos en el castillejo de donde él acababa de salir, y yo me dirigía. Verificámoslo así, y tomando por asiento los duros merlones del oriente, con vista al mar por la derecha y al frente, y al hospital por la izquierda, anudamos la plática comenzada fuera:

—Según se explica usted, caballero, sin duda frecuentará el hospital.

—¿Que si lo frecuento? Pues si allí vivo, caballero.

Mi interlocutor con cierto aire curioso

me lanzó una lenta mirada desde los pies hasta la cabeza, y luego prosiguió en su interrogatorio.

—¿Es posible que usted viva en el hospital?

—Hace ya seis meses.

—Y... no teme usted el contagio?

Por lo pronto me figuré que aquel hombre encubría la intención maligna de burlarse de mi desgracia. Pero sus modales eran tan decentes, su acento tan ingenuo, y sus facciones tenían un carácter de tan profunda formalidad, que al fin me persuadí que sus preguntas eran efecto de su candor y poco conocimiento, y no encerraban malicia alguna. Así fué que me resolví á responderle de una manera categórica, y después de algunos instantes de reflexión, le dije en tono muy serio:

—Caballero: como yo no le creo capaz de un rasgo de insensibilidad, haciendo burla de la triste situación de un pobre desgraciado, diréle con franqueza lo que hay en el particular. Yo no temo el contagio, porque los lazarinos no tienen para qué temerlo.

—¿Qué me dice usted! Entonces....

—Yo soy un lazarino.

Una ligera sonrisa alteró un tanto la dureza de sus facciones. Encogióse de hombros, sacó una caja de oro del bolsillo de su chaleco, destapóla con la ma-

yor lentitud, sorbió una buena dosis de rapé, y cruzando los pies, me dijo al cabo de mucho tiempo.

—En esto debe de haber alguna funesta equivocación.

—¿Qué está usted diciendo, caballero?

—Una cosa muy sencilla: que me parece que usted no está lazarino, como se lo han hecho creer.

—¡La prueba, la prueba, por Dios! grité atónito é incorporándome brusca-mente.

El hombre enlutado volvió á mirarme con la mayor atención. Mientras, yo estaba pendiente de sus labios, esperando con ansia indecible que hablase para sacarme de aquel estado de incertidumbre atroz en que mi ánimo había caído súbitamente. El continuaba en su examen.

—¡La prueba! exclamé de nuevo, porque cada instante que pasaba era un infierno de angustias para mí.

—Yo quisiera, díjome al cabo de mucho tiempo, la prueba de que está usted lazarino.

—¡Oh! Los médicos más sabios... mi padre... mis amigos... todo el mundo, en fin, me lo han dicho; y por eso estoy proscrito de la sociedad, desterrado para siempre de la casa paterna, y condenado á morir entre los leprosos.

—Yo no me atrevo á afirmar lo contrario, sin embargo de que los doctores...

y todos cuantos hayan asegurado á usted que está lazarino, bien podían haberse equivocado. Además... yo conozco á un pobre y honrado médico que ha curado algunos leprosos.

—¡Ah! ¡El corazón me lo decía! exclamé yo arrojándome á los pies de aquel hombre. Usted es un médico, y usted ha de curar mi dolencia. Sí... yo he soñado alguna vez... que un médico misterioso había de presentármese cuando menos lo esperase... y había de redimirme de este horrendo cautiverio. Sí, hombre generoso, deme usted la salud y la vida. Vuélvame usted al seno de mi padre, y á los brazos de mis amigos. Yo haré, en seguida, lo que usted quiera... le seguiré al cabo del mundo... seré su esclavo. ¡Ah! Por Dios... sáqueme usted de esta horrenda mansión de dolores, en donde á cada paso veo la muerte por su aspecto más horrible y aterrador... ¡La salud... y la vida en nombre de Dios! Lo exijo de usted, caballero.

Mi alteración había llegado á su colmo.

Dos imperceptibles lágrimas humedecieron los párpados del hombre enlutado. Levantóme de sus pies, y estrechándome entre sus brazos, me obligó á sentarme de nuevo.

—No se alucine usted, pobre joven,

me dijo con voz alterada. Yo no soy médico... ni jamás he querido serlo.

Toda mi esperanza quedó desvanecida.

—¡Ah, caballero! díjele llorando. Me ha hecho usted un mal mayor del que pudiera usted figurarse. Yo, perdidas todas las esperanzas de remedio, habíame conformado con mi suerte, y casi todo mi tiempo lo empleaba en pedir al cielo que me diese el valor suficiente para apurar hasta las heces este amargo cáliz de sufrimiento. Hoy ha venido usted á suscitar nuevas dudas en mi ánimo, y veo volver, de un solo golpe, todos los horrores, todas las angustias del primer día. ¡Ah, caballero! Usted me ha hecho mal. Yo se lo juro.

—Duélome, mi querido joven, de haberle causado, contra mi voluntad é intención, una nueva pena sobre las muchas que han debido aquejarle. Mi destino en la tierra... la misión que Dios me ha confiado... lo sé por una triste experiencia, en repartir el mal en donde quiera que me presento. Mi corazón fué siempre bueno... sensible... y mis deseos de hacer el bien han sido purísimos y ardientes... Pero un genio maligno... un demonio invisible, me constriñe á hacer daño á todo el mundo. ¡Yo soy muy infeliz! Perdóneme usted, se lo suplico..., porque soy, tal vez, más desgraciado que usted.

Fuéme imposible no mirar con respeto á aquel hombre singular. Estrechéle largo tiempo, dándole muestras de mi pesadumbre por la mortificación que le había causado. Nuestra conferencia terminó, porque engolfado el caballero en sus sombrías meditaciones, ya no pude arrancarle una palabra más. Era ya de noche enteramente, y comenzaba á amenazar la lluvia, cuando me apretó la mano en silencio, y se dispuso á partir. Había ya dado algunos pasos para salir del reducto; mas retrocedió luego, y encarándose á mí, sin desplegar los labios, sacó de su cartera una pequeña tarjeta que puso en una de mis manos. Hizome una cortesía y partió. Así que hube perdido el rumor de sus pasos, y su figura se envolvió entre las sombras de la noche, corrí al hospital á leer lo que estaba grabado en la tarjeta. Estas eran sus únicas palabras.

Edward Moore, M. D.
Kingston, or Providence.

Si el nombre y profesión del personaje á quien acababa de dejar, eran los mismos que aparecían en la tarjeta, sin duda alguna yo había hablado con un médico inglés ó americano.

¡Y sin embargo, él me había asegurado que no era médico! Esto me envol-

vía en nuevas y más extrañas confusiones. Dirigíme al aposento de Regino, y halléle de menos. Pregunté por él, y se me respondió que, usando del permiso anterior que disfrutaba, había salido en pos mía desde la tarde. Semejante conducta me causó alguna sorpresa; pero como al cabo nada tenía de raro que su melancolía le hiciese obrar conmigo de una manera inusitada, terminé por resolverme á esperarle allí mismo. Llegó, en efecto, á la media hora; mas no me dijo una sola palabra acerca de su excursión. Referíle mi extraña aventura de la tarde, y manifestó tan profunda indiferencia, que llegué á figurarme que su ánimo se hallaba preocupado, y en incapacidad absoluta de haber escuchado mi largo relato. Siendo ya hora de recogernos, echeme en la cama y no pude dormir. Aquel personaje vestido de luto no se desvió un solo momento de mi fantasía.

A la mañana siguiente, Regino salió del hospital sin decirme otra cosa alguna, porque la había dado por no hablar. Temeroso de que pudiese sucederle algún fracaso, una desgracia, ó yo no sé qué, salí poco después que él, y me propuse seguirle de lejos. Observólo, y se detuvo á la falda del cerro de San Miguel, cuya dirección llevaba. Como se quedó mirándome con atención, no me

pareció conveniente esquivarle. Diríjeme hacia el sitio en que se había detenido; pero no bien hube llegado á una distancia competente en que podíamos oírnos, me gritó con una voz estentórea:

—¿Viene usted á espiar mis pasos?

—¿Qué está usted diciendo, mi querido Regino?

—Que no necesito de guía, ni yo pienso escaparme de la persecución de usted, ni de ese condenado sepulturero.

—¡Es posible que usted se explique así, Regino mío!

—Sí, señor: me fastidia esa vigilancia tan tenaz. Usted no tiene derecho de emplearla conmigo, porque tan lazarino es usted como yo.

Y emprendió una abierta carrera trepando por la colina, y dejándome con la palabra en los labios, y atónito por aquella intempestiva y extravagante inculpación. Causóme el más amargo sentimiento, no por el injusto reproche que envolvía, sino porque comencé á figurarme que el pobre mancebo podía estar próximo á perder el juicio. Atribuía yo esto á la ausencia de Germán, y por lo mismo mi aflicción subió de punto. Retrocedí, pues, y dirigíme á la hacienda de Buena Vista, en que pasé una gran parte de la mañana, y cuando regresé al hospital, ya Regino estaba aquí. Apenas me vió, comenzó á llorar con angustia, y se echó

en mis brazos sin decirme cosa alguna. También yo guardé silencio, y procuré no darme por entendido de la ocurrencia anterior.

Por la tarde salí yo con dirección á San Fernando, agitado de cierto deseo vago de encontrarme con el hombre misterioso de la tarde precedente. Estúveme largo tiempo contemplando el mar; mas habiendo perdido la esperanza indefinible que me retenía, y queriendo aprovechar el resto del tiempo que me quedaba, en mis pesquisas acerca de Germán, me encaminé al cementerio para preguntar á cualquier sepulturero. Al tiempo de subir la pequeña rambla que lleva á la puerta, me detuve porque me pareció que el hombre misterioso se deslizaba entre un bosquecillo próximo, para encaminarse á una de las callejuélas que guían al interior del barrio de San Román. El movimiento fué rápido, y la figura se desvaneció en la media sombra del bosquecillo, antes que yo pudiese fijar ni una sola de las muchas ideas que me asaltaron en tropel. Hallábame vacilante aún, cuando por la misma dirección que había seguido la sombra del extranjero, ví aparecer á Regino, que por el espaldar del cementerio se encaminaba al hospital. Sus pasos eran lentos, llevaba la cabeza inclinada, y cruzados los brazos sobre el pecho. Esta doble aparición, no dejó

de sorprenderme, y sospeché, aunque vagamente, que no era casual. Sin embargo, cuando volví á casa, nada parecía haber alterado la situación de Regino, y conservaba la misma indiferente taciturnidad de los días precedentés, sin visos de agitación. Recogíme para entregarme más libremente á las cavilaciones en que me iba engolfando sin querer, y como arrastrado.

En la tarde de anteayer, el tiempo se presentó bellissimo. Vinome la idea de un paseo por la "Eminencia" que, como ya en otra vez te he dicho, ofrece un admirable golpe de vista. Parecióme del todo inútil invitar á Regino, porque estaba visto que huía de mi compañía, y le disgustaba mi presencia, no obstante el fino carifio y la delicada atención con que le prodigaba mis cuidados y consuelos.

Al salir, le dejé engolfado en la lectura sin que diese ninguna muestra de que pensase abandonar aquella ocupación; y al cruzar yo por enfrente de su ventana, ni aun siquiera alzó los ojos para verme. Provisto, pues, de mi anteojito de larga vista, me dirigí al punto de mi destino por el camino más corto, que me había mostrado mi bueno y honrado Germán, en quien estuve pensando constantemente por todo el discurso de la tarde. Llegué á la cima de la "Eminencia," y todos los objetos se me presen-

taron con la misma belleza y magnificencia que en la primera vez. Ya al ponerse el sol, mi rayo visual cayó con todo su aplomo, y con el auxilio del instrumento óptico que tenía en la mano, sobre una de las piedras salientes que se hallaban en la playa próxima al reducto de San Luis. Fijé toda mi atención, y observé dos bultos que sentados en la base de la enorme laja, procuraban ocultarse cuidadosamente de las miradas de los que pudiesen andar por allí cerca. Esto picó más mi curiosidad, é hice lo posible por darle al antejo toda su potencia. Entonces acerté á distinguir el cuadro hasta en sus más pequeños detalles: pero... gastábase la luz... y no había más que el crepúsculo. Sin embargo, por el traje, por el gesto y los ademanes, creí ver perfectamente á Regino y al hombre misterioso engolfados en una conversación animadísima. No pude resistir á la tentación que me asaltó de ir á sorprenderles y tomar parte en su diálogo, si era posible. Descendí precipitadamente...; pero cuando me hallé enfrente del hospital, Regino entraba, y su interlocutor había desaparecido.

Yo no puedo negarte, querido Manuel, que este incidente engendró en mí cierta especie de envidia, por la preferencia que Regino había logrado en el ánimo del que, según se me figuraba, era un mé-

dico insigne que podía curar mi maligna enfermedad, y sacarme de este sepulcro, en que estoy enterrado vivo. Yo habría querido que ese médico nos curase á ambos. . . . !qué digo! á todos los que nos hallábamos en el hospital; pero esa exclusión á que me hallaba condenado, era para mí durísima é insoportable. Nada me decía Regino, por más que me empeñaba, no en hacerle preguntas indiscretas, de lo cual bien me he guardado hasta hoy, sino en hacerle hablar, aunque fuese por rodeos, y sacar en limpio algo de lo que estaba ocurriendo. No pude lograr de él ni una sola palabra que tuviese conexión alguna con esto, pues á todo cuanto le dije no correspondió sino con tres ó cuatro monosílabos ó interjecciones, que más bien indicaban fastidio que otra cosa. Tuve, pues, que ocultar en mi pecho todo lo que sentía, á reserva de esperar alguna ocasión favorable. Puedes figurarte si esto me causará ó no algunos sufrimientos, y aun algunos arrebatos de delirio. Sin embargo, después de todo, yo no sabía fijamente ni á derechas si en efecto Regino y el hombre misterioso tenían algunas relaciones, ni si ellos eran realmente los que yo había creído ver desde la cima de la "Eminencia." Todo me confundía y trastornaba.

Mas anoche he salido de mis dudas, y

es ya para mí un hecho indisputable que Regino y el hombre misterioso están en íntimas relaciones, que uno y otro procuran ocultarse á las miradas de todo el mundo, según las precauciones que adoptan para no ser observados. Ayer tarde salí á mi paseo ordinario con intención de sorprender este secreto. Para engañar mejor á Regino, usé de la inocente superchería de ordenar á mi sirviente, en presencia suya, que si de la ciudad me traían algunas cartas que yo esperaba de Mérida, sin perder un instante fuese á llevármelas á la hacienda Kanisté, que es una bonita finca suficientemente lejana de la playa para que Regino pudiese tener ninguna sospecha, si proyectaba otra entrevista con ese personaje que se me figuraba ser el Dr. Moore, médico insigne y capaz de curar á un leproso. Para mejor lograr mi objeto á la vista de Regino, que estaba en su ventana haciendo como que leía, pero que en realidad sólo observaba mis pasos y el rumbo que podía yo llevar en mi excursión, me dirigí por la parte del monte, hasta que me vió internarme en la espesura en que hay una estrecha vereda que guía á la hacienda Kanisté.

Pero no bien consideré que Regino me había perdido totalmente de vista, cuando me revolví sobre la izquierda, y á través de algunos obstáculos, fuí á si-

tuarme sobre un otero inmediato, desde el cual podía yo descubrir el mar, la playa vecina, la salida del hospital y todas sus avenidas. Coloquéme entre unos matojos, y me puse en observación. Por lo pronto, nada pude distinguir de notable, sino un bote pequeño que se desprendió de una embarcación lejana, fondeada en el puerto hacía muchos días. Mas de improviso se levantó una turbanada que muy pronto se convirtió en una deshecha tempestad. Un rayo que echó abajo la hermosa copa de un cocotero que distaba veinte pasos de mí, me lanzó de aquel sitio y corrí presuroso á ganar la llanura para dirigirme al hospital. En un momento se ennegreció horriblemente la atmósfera. Corría con todas mis fuerzas y no podía atinar el camino. Llovía á torrentes y el reiterado estampido del trueno, el siniestro brillo de los relámpagos, la impetuosidad del viento, y los ríos de agua que corrían á mis pies, me hacían detenerme á cada instante. Por fin, vino la noche y me encontré extraviado en la espesura, desorientado del todo, y sin poderme fijar en la dirección que había de seguir. No me quedó otro recurso que arrimarme al tronco de un árbol y esperar que calmase la tormenta. Allí pasé dos horas de mortales angustias.

Al cabo de ellas, hubo de cesar la llu-

via, mas la tempestad bramaba con toda su fuerza allá á lo lejos en el mar. Era aquel un sublime espectáculo; pero capaz de aterrar al hombre más intrépido. El brillo de los relámpagos se sucedía sin tregua, con tal rapidez, y se presentaba en tantas y tan variadas direcciones, que no parecía, sino que los cielos y el mar se habían vuelto de fuego; pero de ese fuego que produce una luz que deslumbra y hace confundir los objetos. Resolví caminar á la ventura; mas después de dar algunos pasos, encontreme con unas tapias que creí fuesen del hospital; mas no eran, sino del cementerio. Tú sabes que jamás he sido pusilánime; pero me causó tal pavor la cercanía de aquellas tumbas solitarias, cuando yo menos lo esperaba, que hubieron de flaquearme las piernas, y vine al suelo sin sentido. Reparéme; muy luego, incorporéme, y seguí caminando al andar del muro, hasta llegar al ángulo que se forma del lienzo del frente, y del que mira á la banda oriental.

Apenas había asomado la cabeza, un ligero zuzurro de voces humanas vino á herir mis oídos, y al resplandor de un relámpago distinguí dos personas sentadas en uno de los bancos de piedra, que están á la entrada del cementerio. Poco faltó para que este segundo susto me causase el mismo efecto que el anterior; pero por fortuna antes de sufrir

la impresión de terror, conocí perfectamente á Regino á al hombre misterioso. No pude escuchar cosa alguna de su conversación, porque en ese propio instante un pequeño farol venía acercándose á aquel sitio, y otros varios vagaban por las inmediaciones del hospital. Era que suponiendo el administrador que nos hubiésemos extraviado en la tormenta, había dispuesto que algunas gentes saliesen á buscarnos con luces, que nos sirviesen de guía. Separáronse, pues: el hombre misterioso se encaminó á la playa, y Regino fué á encontrarse con el más próximo de los que traían los farolillos. Así que se había alejado Regino, dirigíme á la playa; pero nada adelanté. Volvíme al hospital á entregarme á nuevas cavilaciones.

Tal es el estado de los sucesos, que verdaderamente no puedo explicarme. Para colmo de todo, no hace un minuto que dejé esta carta para ir al aposento de Regino en busca de una barretilla de lacre que tenía yo en un cajón de su mesa, y le he sorprendido hablando con un marinero de mala figura, que estaba arriado á su ventana por la parte exterior, lo cual me ha sorprendido. Sin embargo, nada le he dicho, ni he aventurado ninguna obsevación, porque sería inútil. El no quiere hablarme ni una sola palabra.

Adiós, Manuel mío. Pide al cielo consuelos para tu amigo, porque realmente los necesita,

Post Data.

Somos á 12.

Regino, por fin, ha cometido la villanía de fugarse anoche, como yo había comenzado á sospechar. Nno puedo entrar en ningún detalle, porque esta carta va caminar ahora mismo, que son las siete de la mañana. Considera no más cómo me habrá dejado este dioso suceso, y compadécete de ese desgraciado. Adiós otra vez.

